

LA ILUSTRACION PERIODICA UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 10.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 4.—TOMO I.—SÁBADO 24 DE MARZO DE 1849.
MADRID.

PROVINCIA: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Extranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



ESCONTADAS las noticias de Cataluña, relativas á operaciones militares, de escasos resultados por cierto, y los paseos del estudiante de Villasar por la provincia de Burgos, poco es lo que nos queda que referir esta semana en la crónica interior. El capitán general don Manuel de la Concha, ha dispuesto el armamento de los vecinos de Solsona, y parece que se ocupa de adoptar medidas para cortar el incremento de la facción; últimamente se han publicado una alocución y un bando riguroso. Entre tanto el *Bien público*, se lamenta de las dobles exacciones que sufren los pueblos de Cataluña.

El Congreso se ha ocupado del proyecto de ley sobre reorganización del Banco de san Fernando, y de la dotación del culto y clero: el senado, de las leyes de minas y faros: en la sesión celebrada el 20 por el alto cuerpo colegislador, anunció el señor don Joaquín María López una interpeleación sobre la marcha política y administrativa que el gobierno está siguiendo; así como sobre la situación en que la nación se encuentra, á consecuencia de ella; interpeleación á que contestó el señor ministro de instrucción pública, diciendo en nombre del gabinete, que aplazaba la respuesta y que avisaría oportunamente. Ningun acto del gobierno ha aparecido en el Diario oficial, que por su importancia é interés general, deba ser aquí mencionado.

FRANCIA. En la sesión del 10 presentó M. Bastiat una enmienda á la ley electoral, con objeto de que se comprendiese en las incompatibilidades parlamentarias á los ministros; apoyada por su autor, quien decía se evitarían de este modo las coaliciones é intrigas que el deseo de ser ministros inspira á

los diputados, la combatieron MM. Charlemagne y Lamartine, por creerla perjudicial al gobierno, privando á este de los



El Almirante Sir Carlos Napier.

conocimientos de hombres inteligentes en negocios públicos. Nada decidió la Asamblea, aplazando la votación para el lunes 12. En esta sesión hubo una cuestión bastante acalorada con motivo del sueldo del presidente de la República; en 50,000 francos mensuales lo fija la Constitución, pero á otros tantos ascienden los de representación, que no se comprendieron en esta suma cuando se discutió este punto. El ministro de hacienda propuso que se señalasen por los meses pasados y los dos primeros á 50,000: gran tumulto de voces y confusión hubo en la Montaña, y después de un debate se accedió á cuanto el ministro había propuesto. La discusión de la ley electoral terminó el 15. Las elecciones se verificarán en el 13 de mayo y la Asamblea legislativa se reunirá el 28 del mismo.

El *Toulonnais* del 7 confirma la noticia que el telégrafo acaba de transmitir nuevamente á la autoridad marítima, de que están dispuestos á hacerse á la vela todos los buques de vapor disponibles que son: *Oreoque*, *Magellan*, *Albatros*, *Christophe Colomb*, *Infernal*, *Labrador* y las corbetas *Veloce* y *Cerber*. De un día á otro se espera la fragata *Cacique*, y dentro de poco tiempo estará en estado de salir.

Se trata de trasportar un cuerpo de tropas á Italia; pero, se habla también de disidencias en el gabinete francés en punto á la cuestión italiana, añadiendo que tres ministros se oponen á la intervención.

En el *Diario de los debates*, una carta de Nápoles del 1.º dice, que el ultimatum acordado por los almirantes francés é inglés, sobre los asuntos de Sicilia, es que el rey Fernando II conceda amnistía general: Constitución de 1812 modificada: un solo ejército con contingente siciliano: parlamento siciliano: hacienda, ayuntamientos y sistema judicial independientes: virrey nombrado por el rey, que será un príncipe real ó un siciliano: negocios extranjeros, guerra y marina, dependientes del rey: pago de 16 millones por atraso de contribuciones y 4 mas por contribución de guerra.

El 28 salió un navio inglés con este ultimatum para Palermo.

La publicación de la nota del príncipe Schwartzberg en que declara que el Austria no se prestará á que en el congreso de Bruselas se alteren las condiciones territoriales sin intervenir en ello la Rusia y la Prusia ha causado gran sensación: de dicha nota se colige evidentemente que el Austria se cree con derecho á intervenir en los asuntos de Roma para devolver al Papa su dominio temporal, que en caso de



Salida de tropas de San Petersburgo.



El General D. Manuel de la Concha.

efectuarse la proyectada intervención, sería austriaca y no polítana, por parte de tierra, yendo apoyada por la marina francesa é inglesa; que para nada les hacen falta los espa-

ñoles, puesto que no toman en boca á la España: que el Austria trata de provocar una insurrección en Roma á favor del Pontífice, apoyándola con sus armas: que ha cambiado de política, pues que declara que en las conferencias solo se tratará de la paz entre el Imperio y el Piamonte; y finalmente, que el Austria quiere decididamente conservar en toda su fuerza y vigor los tratados de 1815, sin tolerar se alteren en lo mas mínimo, sin el consentimiento expreso de las potencias que lo firmaron.

INGLATERRA. El *Times* del 10 publica dos documentos importantes: los dos despachos del gabinete de Viena, á su representante en París uno, y el otro á los que tiene en Berlín y San Petersburgo, sobre la cuestión de Sicilia, Roma y el Piamonte. En ellos se ve que la mediación anglo-francesa en los asuntos de Italia, se reduce á la espresión mas sencilla por el Austria, es decir á la paz entre esta potencia y el Piamonte. El gabinete de Viena no consiente de otro modo, é indica que para tratar la modificación de los convenios de 1815, deben asistir al congreso la Rusia y la Prusia. En pocas palabras, se presenta la cuestión del Papa. El gabinete de Viena cree que según el estado de Italia no necesita de ningún *casus belli* para obrar por sí sola en esta cuestión.

Grande ha sido la sensación que los últimos acontecimientos de las márgenes del Danubio y las pretensiones de la Rusia han producido en Inglaterra. El día 13 debían interponer al gobierno lord Desdley Stuart en la Cámara alta; parece que trata el noble lord de probar el gran peligro en dejar á la Rusia dominar en la Valaquia y la Moldavia, y también dicen que el gabinete había pasado su *ultimatum* al emperador de Rusia sobre las operaciones de su ejército en las provincias danubianas. La Puerta está alarmada por este aparato militar y ha reunido una fuerte división. Pero entre tanto salen tropas de San Petersburgo y se dirigen á la frontera; 24 regimientos de á 2,000 hombres están en marcha para la de Prusia.

Dice un periódico de Londres que sir Carlos Napier se resistía á marchar á las Indias y que lord Wellington le dijo para decidirle: «os advierto que si no vais, tendré que ir yo.»

ITALIA. La asamblea constituyente de Roma se ocupaba en la discusión de leyes sobre responsabilidad de los ministros y sobre la moneda. Escitado el gobierno por los diputados continuaba haciendo preparativos para defender la frontera caso de ser atacada.

Las tropas toscanas y austriacas siguen ocupando los mismos puntos. El gobierno provisional de Florencia activa el armamento de la guardia nacional movilizad; parece que este servicio es forzoso, pero el cónsul inglés prometió dar pasaportes á cuantos quisieran eximirse de él.

En Génova hubo el día 3 una demostración popular en favor de la guerra contra los austriacos.

De la isla de Elba ha salido tropa, aunque no mucha, para Liorina, con el objeto de completar las columnas expedicionarias.

La asamblea constituyente romana votó el día 3 por aclamación un subsidio de 400,000 duros en billetes de banco á favor de la ciudad de Venecia, autorizando al ministro de negocios extranjeros para dar fin á las negociaciones abiertas para la reunión política y administrativa de Toscana.

Con motivo del cambio de billetes, hubo en Roma algunos alborotos, que la guardia nacional apaciguó, logrando restablecer y conservar el orden.

Se está acuñando mucha moneda de cobre, dicen que á razón de mil duros diarios para que las clases pobres puedan hacer sus compras.

El ministro de guerra Campello, llegó el día 6 á Ferrara y el 7 volvió á salir para Bolonia.

La dimisión que ha hecho de ministro plenipotenciario cerca de la república Francesa, la reina de Inglaterra y el rey de los belgas, José Poniatowsky ha sido admitida y después los ciudadanos Burgugli y Frescobaldi de secretario y agregado de esta legación; nombrándose interinamente al ciudadano Trapelli con 14,000 libras de sueldo.

También en Florencia hubo el día 7 un pequeño alboroto, pero afortunadamente se calmó muy pronto. La causa fué que el pueblo pedía la destitución de los oficiales que no habían hecho el juramento, é instigaban á los soldados á la deserción. El gobierno contestó se hiciese la petición por la vía legal, y al retirarse victoreándole un tal Antonio Lorini dijo: andad, andad, que los austriacos estarán en Florencia para pascuas. El pueblo, al oír esto, se arrojó sobre él, le maltrató y lo llevó preso á la cárcel de Bargello.

El gobierno, después de abolir los trabajos públicos, la argolla y el destierro parcial, dice que reprimirá con todo rigor los actos de insubordinación de la tropa.

La retirada del ministerio de negocios extranjeros del general marqués de Colli, se atribuye al estado de su salud; así se declaró oficialmente en la sesión de la cámara de diputados de Turin del 9. El ministro pidió autorización para suspender por tres meses las garantías individuales y contratar en el extranjero un empréstito de 200 millones, y otro voluntario en el país.

También se abrió un crédito de dos millones para el aumento de la guardia nacional.

Dicen que el duque de Saboya será generalísimo del ejército piamontés, mandando como segundo el general Cransowsky.

El rey pasó revista á varios cuerpos en la plaza de Turin. Todo hace creer que si no se han roto las hostilidades se romperán muy pronto porque el rey quiere la guerra, y las cámaras, el ministerio, el ejército y pueblo también.

Por órdenes que recibieron el 3 los almirantes franceses é ingleses, se suspendió la salida de las dos escuadras para Sicilia.

El ejército austriaco va estrechando el bloqueo de Venecia y el rey de Nápoles despliega cada día mayor firmeza tanto en su política exterior como interior. No quiere consentir que desde la frontera continúen los revolucionarios atizando el fuego de la discordia. Con motivo de haber salido los almirantes franceses é ingleses para el arreglo de Sicilia, ha dado una proclama á los sicilianos recordándoles su carácter esencialmente agrícola, les invita la paz y reanima su espíritu en favor del orden y las leyes nacionales. Las condiciones que propone son: religión católica; garantías para la libertad individual y para la propiedad; libertad de la prensa con leyes represivas; unidad del reino de las Dos Sicilias

bajo la dinastía reinante pero con un ministro y parlamento para los sicilianos. El rey, como jefe supremo de las fuerzas terrestres y marítimas, declara que no admite sino un ministro de Guerra y de Marina y otro de negocios extranjeros, pero si habrá un ministro de negocios de Sicilia cerca de sí.

El parlamento siciliano será compuesto de dos cámaras, una de Pares y otra de Comunes. Los primeros elegidos por el rey con cargo vitalicio, y los otros con arreglo á la Constitución de 1812. Pero es de notar que si el rey se ve en la precisión y dura necesidad de obrar por la fuerza, en este caso queda nulo y de ningún valor cuanto deja manifestado.

Los periódicos todos dan como indudable el rompimiento de hostilidades entre Austria y Cerdeña, añadiendo que los piamonteses habían quedado victoriosos en el primer combate. En nuestra próxima revista sentiremos lo que haya de cierto.

A propuesta de Bonaparte acordó la Asamblea romana invitar á los 120 diputados toscanos, á que vayan á la ciudad eterna para efectuar la unión de los dos países.

ALEMANIA. El *Heraldo* dice que el gobierno ha sabido por un parte telegráfico de Berlín de 8 del corriente, que S. M. el emperador de Austria ha disuelto la Asamblea constituyente de Kremsier, otorgando una carta con principios conservadores, ahorrando al país las interminables discusiones que la Asamblea había entablado. Cinco diputados acusados de complicidad en los asesinatos del general Latour han sido presos, y pasados por las armas otros cinco individuos que estaban convictos del mismo crimen.

Por noticias del 3 de Pesth se sabía que los imperiales habían tomado por asalto á Erlan y seguían avanzando hacia el Theis.

Los judíos de Pesth se han presentado al príncipe Windischgratz en súplica para que no les exija el pago de 110,000 florines.

La *Gaceta de Viena* publica la ley constitucional dada y promulgada por el Emperador. Precédela un largo preámbulo haciendo una reseña de lo ocurrido en el año anterior, y las palabras del Emperador, en que dice que el estado en que se encuentra el país llena de dolor su corazón. El gobierno se ve en la necesidad de sostener la capital en estado de sitio, para que no se perturbe la tranquilidad por algunos malévolos. En Hungría la guerra civil estiendo la desolación y la muerte, en otras provincias opone un obstáculo al restablecimiento de las relaciones, y en fin en todas partes se encuentra el genio de la discordia atizando las pasiones.

S. M. I. achaca los desórdenes al abuso de la libertad, y trata de reprimirlo dando sin embargo á su pueblo lo que crea conducente para su bienestar y felicidad, garantida por la ley.

La Constitución dada por el rey, concede la libertad de conciencia, derecho á ejercer públicamente y en comun su culto, con sujeción á las leyes del Estado: libre también la enseñanza, pudiendo cualquier ciudadano fundar establecimiento de instrucción pública con tal que haya probado su aptitud y derecho para publicar sus opiniones por escrito.

Las últimas noticias anuncian que Windischgratz se había visto en la precisión de entregar el mando del ejército al mariscal Schilk y retirarse á Buda, á consecuencia de una herida que ha recibido. Háblase de varios encuentros con los húngaros.

En la sesión del 12 de la Asamblea de Francfort, Mr. Welker presentó una proposición para que la dignidad de emperador hereditario de Alemania sea conferida al rey de Prusia. El autor desenvolvió un pensamiento apoyándose en los sucesos recientes de Austria, en la Constitución otorgada, en la alianza del emperador Francisco José con el de Rusia, en los peligros que amenazan á Alemania tanto por la parte del Oeste, como por la del Norte.

POLOIA. Una calma triste y sombría reina en Varsovia. Se aumenta la opresión y también la miseria. La llegada en diligencia del general francés Lefló, ha sido el único acontecimiento notable. El príncipe de Paskewitch le recibió con las mayores muestras de atención, teniendo una revista en su honor y dando brillantes saraos. Nunca en Rusia se ha dado tal acogida á un republicano.

TURQUIA. En Constantinopla no se habla sino de guerra con la Rusia. Los preparativos de la Puerta son grandes; basta decir que el sultan visitó por sí mismo el arsenal, para cerciorarse de los medios con que podía contar: ha mandado poner sobre las armas 300,000 hombres y piensa contratar un empréstito considerable.

APLICACION DE LA FRENOLOGIA Á LA INSTRUCCION (1).

Hay dos modos distintos, perfectamente bien marcados, de obtener instrucción ó conocimientos; el uno es, presentar primero al intelecto el objeto y añadir después el nombre; y el otro, no presentar el objeto, sino mencionar su nombre, y hacer después una descripción de él.

Toda la imperfección del segundo método se presentará de lleno solo al considerar que una palabra en sí ó de suyo no es sino un sonido que nada significa. Para que una voz sea de la menor importancia debe representar un objeto, un sentimiento ó una relación, los cuales deben de antemano *saberse*, para poderse *comprender*. ¿Qué incompleta, qué inexacta, sería la idea que se formarían una clase de niños del *Pavo Real*, por mas clara, completa y brillante que se hiciera su descripción si no se les presentase á la vista! El caso sería que los niños no conocerían al pavo real. Pero cuán diferente sería el resultado si se siguiese el primer modo de impartir instrucción, si se les pusiera delante de los ojos esta ave y se les digiera después el nombre. «Queréis que los pueblos se conozcan,» me decía un sábio, «dejémoslos de hablar y escribir, hagamos caminos de hierro, y barcos de vapor.» En efecto, estos son los medios para desterrar guerras, disensiones y preocupaciones entre nación y nación, provincia y provincia, ciudad y ciudad.

«Cuando mandáis vuestros hijos á la escuela, dice Combe, tratando estensamente sobre la materia que nos ocupa, á que aprendan de memoria, les deis palabras, no ideas; aumentais su conocimiento de *voces*, no de *cosas*.» El verdadero plan es presentar el objeto á los niños; hacerles examinar su forma, su tamaño, su color y otras particularidades; y des-

pues decirles el nombre, hacérselo repetir y escribir. La naturaleza toda está adaptada del modo mas precioso y bello, á nuestras facultades; y el estudio de la naturaleza produce por esta razón el mas grato y esquisito placer. Demuestra esta verdad la insaciable sed que los niños tienen de saber cosas; llegando hasta el extremo de romper sus juguetes para saber lo que hay dentro. Cuando se sigue un buen sistema, los elementos de todas las ciencias se hacen muy simples. Hablad á un niño de geometría, triángulos, exágonos y lo abrumareis completamente, pero presentadle una figura, que observe ó hacédele observar que tiene tres lados y tres esquinas, decidle después que todas las figuras como aquella se llaman *triángulos*; y comprenderá clara y fácilmente la materia. A los niños siempre les gusta aprender con tal que se les presenten los objetos á las facultades intelectuales; y puedan instruirse en cualquier materia que permita esta presentación. Para probarlo diséqué una vez delante de dos niñas y un niño el corazón y los pulmones de un cordero. Grande fué el placer que manifestaron, y fuertes, vivas y duraderas las impresiones que recibieron.

«El maestro con quien aprendí,» dice el mismo Combe, ya citado, «era muy aficionado á construir, é hizo un puente de madera según el plan que describe César en sus Comentarios, el cual siempre presentaba á su clase al llegar á este punto. Todavía me acuerdo con qué delirio deseaba que llegase el tiempo cuando se me permitiese estudiar el puente de César. Llegó por fin esta época suspirada; y entonces en lugar de la poca inclinación á ir á la escuela, de las tardanzas, de las ausencias, de la flojedad de otros tiempos, todo era ardor y atención; no había necesidad de regañar ni castigar, leíamos y examinábamos con la mayor afición y constancia; y así es que la parte mas difícil de los Comentarios de César vino á ser para nosotros la mas fácil. Cuando hubimos concluido la descripción del puente, ¿con qué desconsuelo vimos depositar el puente en el armario de donde le habían sacado!»

En Edimburgo, Escocia, se ha sacado todo el partido posible de las doctrinas frenológicas, para el mejoramiento y adelanto de las escuelas y del modo de instruir y adiestrar en ellas. El señor de Wilderspin ha establecido una escuela para niños muy pequeños ó párvulos, que sirve de modelo al mundo. Convenido de que la descripción que hace el mismo Combe, del sistema adoptado por el señor Wilderspin será agradable y útil á mis lectores y con mucha particularidad á aquellos que están ocupados, ó que directamente se interesan en el adelantamiento de nuestra enseñanza pública, lo inserto á continuación.

«En primer lugar, los cuartos para las clases son grandes y ventilados, de suerte que los niños respiran siempre aire puro. Rodea la escuela un terraplen seco, espacioso y bien aireado, destinado al recreo de los niños; alternándose tan juiciosamente el trabajo y el juego, que ni uno ni otro pierden su atracción por hacerse demasiado duraderos. En la escuela se atiende con mucha escrupulosidad al principio de los órganos del cerebro, como los músculos del cuerpo se cansan con el ejercicio prolongado; y así es que jamás se continúa el ningún estudio lo suficiente para que llegue á causar fatiga ó cansancio.

«Ocupa en los ejercicios intelectuales el lugar mas conspicuo y señalado, la presentación de objetos visibles y palpables. Familiarizándose gradualmente los niños con sus cualidades y relaciones, sus combinaciones naturales y artificiales. De esta manera se estimulan directamente y se ejercen agradablemente todas las facultades intelectuales que nos dan conocimiento de los objetos esternos. Alcanzan así los niños una cantidad inmensa de instrucción casi jugando. Toma el maestro en la mano una figura matemática, un triángulo, por ejemplo, y pregunta á los niños si desearían hablar sobre aquel objeto. Todos responden afirmativamente, todos lo desean con ardor. Hácesele describir. Ellos ven que tiene tres lados y tres esquinas, y se lo dicen al maestro. Así que lo han examinado durante algun tiempo, les pregunta: «Si quisieran saber el nombre. Dícele el nombre, y se lo hace repetir varias veces. ¿Cómo os gustaría saberlo deletrear á mamá? les preguntará acaso después. «Esto nos gustaría mucho,» responden todos. El maestro compone después la palabra con letras de madera, y los niños la deletrean. De este modo aprenden á leer casi sin sentirlo. La instrucción jamás se prolonga mas allá de un cuarto de hora.

«Las clases van por turno al recreo, el cual sirve de teatro para el adiestramiento moral. Aquí los alumnos mas grandecitos se amaestran en el ejercicio de ser afectuosos y cariñosos á los mas pequeñitos: toda desviación de lo que manda la benevolencia y la conciencia; todo desahogo de pasión ó manifestación de egoísmo, há lugar á averiguación, para la cual nada se considera demasiado insignificante. Esta se conduce abiertamente ante un jurado compuesto de los mismos niños, y rara vez dejan de formarse una idea exacta del asunto, ni de pronunciar una sentencia justa.

«Es verdaderamente agradable presenciar este sistema de amaestramiento. Las tentaciones antes bien se presentan que no se remueven, y aunque muchos de los niños son de padres que pertenecen á la ínfima clase de la sociedad, los cuales no pueden dar bastante alimento á sus hijos, las comidas de sus mas afortunados compañeros, las gresollas, las crespas, las manzanas y las peras, están tan seguras en el recreo como si estuviesen bajo llave. En nuestro país hay padres tan pobres que han de mandar sus hijos á la escuela sin poderles dar comida al mediodía. De esto se saca partido en la escuela del señor Wilderspin, para cultivar la benevolencia de sus mas afortunados, los cuales, de sus comidas forman una para sus infelices compañeros.»



(1) Tomamos este artículo de *La Antorcha*, interesante periódico que redacta en Barcelona el Sr. Cubi y Soler.

AMENA LITERATURA.

SIN VERSE.

NOVELA

DE ALFONSO KARR.

IV.

En situaciones semejantes se recibe con reconocimiento el menor incidente que viene á sacarnos de tan letárgico estupor. Roger se creyó salvado al ver que le entregaban una carta de París. La tomó á peso en la mano y se regocijó al pensar que había allí lectura para de un cuarto de hora: preparóse por lo tanto á gozar ávidamente de aquella distracción, echó leña en el fuego y rompió el papel que cubría el pliego.

LEON MOREAU Á ROGER.

«Te remito, mi querido Roger, una carta que he recibido con el sobrescrito á tu nombre de guerra, á tu nombre poético. Después de tu partida, he abierto frecuentemente otras que me parecían trataban de negocios; pero esta, á juzgar por la letra fina y sus líneas estrechas, indica un no sé qué de mayor intimidad que me hace dejarla llegar hasta tí. Por otra parte, ya deben estar cicatrizadas las heridas de tu corazón, y quizá no te pese el hacer una prueba contigo mismo, y ver qué impresión produciría en tí una mirada hacia lo pasado. Espero ir este invierno á pasar un mes contigo. Vosotros debéis tener vacaciones. Comunícame cuanto te se ocurra para París, etc., etc.»

M. M. M. Á M. VILHEM.

«Caballero, le escribo á Vd., y quién sabe si desearía mejor no hacerlo; ni si rasgaré esta carta en cuanto la tenga concluida. He leído las obras de Vd. y me ha parecido que me era dado ver en ellas cosas que todos no veían; he creído que ciertas páginas, que expresaban también las ideas y los dolores confusos que me han penetrado tantas veces el corazón, habían sido escritas espresamente para mí. Me ha parecido que esos libros destinados para todos, únicamente lo están á venir á mis manos. Los sé casi de memoria, y vuelvo á leerlos á cada instante; cuando estoy triste, ya sé dónde encontrar los pasajes en que hay una tristeza igual á la mía, vuelvo á leerlos, lloro con Vd., y me siento consolado, concluyo por querer mi misma tristeza, y casi por amar las causas que la motivan.

Cuando soy feliz, leo repetidamente dichas descripciones con igual cariño, y fijo mi ventura en los parajes en que viven los héroes que Vd. ha creado. Entre sus libros, hay sobre todo una romanza de una sencillez, de una dulzura que me encanta mucho mas que cuanto pueda espresarse; he ensayado cantar su letra con todos los aires de mi repertorio, y ninguno me satisface completamente.... Sin duda alguna, que habrá Vd., escrito aquellas palabras sobre algún aire: le sería fácil proporcionarme su música? Únicamente la cantaré cuando esté sola.

«Pero qué es lo que pensará Vd. de mí, de mí, que le escribo así, sin serle conocida y sin conocerlo de otro modo que por sus obras? No sé cómo escusar á sus ojos este paso inconsiderado; bien que ignoro asimismo cómo disculparlo á los míos propios.

«Acabo de pasar un cuarto de hora, teniendo esta carta entre las manos, á punto de romperla; y no lo he hecho. Me parece, caballero, que se puede obrar de distinto modo, con Vds. los poetas, que con el común de los hombres. Además he hallado para mí las mismas razones que justifican un paso semejante.

«Jamás le he visto á Vd., y probablemente nunca lo veré; todo nos separa: la posición, la distancia. Ciertamente que no osaría escribirle si hubiera concebido la menor posibilidad de que pudiese verle algún día. Créame Vd.; esta idea me da valor, voy á ser franca. Mucho es lo que deseo conocer esa música, pero lo que me inclina á escribirle, sobre todo, es el deseo de hacerle comprender que existo, de hacerle saber que en un rincón del mundo para Vd. ignorado, hay un alma que comprende la suya, una amiga incógnita que le ama con el afecto mas desinteresado. Cuando Vd. escriba esas líneas tan llenas de verdad, cuando descubra esos tesoros de su alma que la multitud mira sin ver, sabrá que existe un corazón para recibirlos y comprenderlos.

«Esto, caballero, no es que yo quiera mantener con Vd. una correspondencia. No puedo ni debo hacerlo, Vd. me responderá una vez para decirme que ha recibido mi carta: muchas veces, al leer sus libros, he sentido que no se hallasen escritos por su propia mano; los caracteres de la imprenta me decían demasiado que no son para mí sola, y esto me daba celos. Quiero tener algunas líneas escritas para mí, escritas á mí, algunas líneas que nadie verá, que ocultaré como toda felicidad debe ocultarse.

«Hé aquí que ya debo cerrar esta carta y aun me asisten intenciones de quemarla. Sin embargo, la suerte está echada. Si le fastidia á Vd., Vd. la quemará. Pero hay algo que me dice que no será así:

«Dios mío, si llegara Vd. á tacharme de ligera, de imprudente, ¡oh! caballero, no me juzgue Vd. mal. Soy una mujer prudente, modesta y retirada. La amistad que le profeso es noble y pura. Le amo á Vd. de la propia suerte que amo al sol, que amo el verdor de los bosques, que amo las confusas armonías del viento. Si hallase en mi corazón el menor pensamiento censurable, no tomaría la pluma: siento para con Vd. reconocimiento y una santa amistad; no hubiera osado amarle, si mi afección no hubiese sido una afección

de hermano, y además ha ya mucho tiempo que me es vd. conocido; he leído muchas veces sus obras, en las cuales se halla gran parte de su alma.

«No quiero volver á leer mi carta porque entonces no llegaría á su destino. En caso de contestarme, puede vd. dirigirme su carta á M. M. M., en las listas en el Havre.»

V.

Acabada la lectura de aquella carta, se levantó Roger; sentía abrasarle la cabeza. Después, dando algunos pasos por la estancia, exclamó: estando en el Havre está muy próxima de mí, en tres cuartos de hora se llega.

Sentóse de nuevo y reflexionó en tan estraña misiva. ¿Sería realmente aquella mujer lo que tanto temía parecer; alguna coqueta novicia? ¿ó quizá no habría en todo ello si no el principio vulgar de una aventura?

Se advertía sin embargo en aquella carta cierto perfume de inocencia y de pudor.

Tales pensamientos llenaban su corazón de una inexplicable emoción; sentía una singular opresión y por otra parte se halla en la imposibilidad de entregarse á sus pensamientos con la inmediatez de las personas que le rodeaban. No hubiera querido por nada en el mundo dejarles adivinar el motivo de su preocupación; es mas, ni aun quería se adivinase que estaba preocupado. Esto solo le hubiera ya parecido una profanación, tanto era el interés que involuntariamente se tomaba en lo que le acaecía.

Cogió su escopeta y su morral, y salió afectando lo mejor que pudo el aire de un cazador decidido; dirigióse hacia la orilla del mar y anduvo sin detenerse hasta el momento en que no se descubrían ni hombres, ni casas. Sentóse allí en un peñasco y volvió á leer la carta. El viento le refrescaba agradablemente la cabeza; aquel hombre, que hacia mucho tiempo encerraba tanta poesía en su corazón, la dejaba mostrarse en pensamientos de amor y de esperanza.

Había cesado de súbito el abatimiento de su espíritu; sentía vivificarse en su ser el deseo y la energía. Hubiera querido arrojarle á los pies de aquella meger que así venía á devolverle á la vida, y decirle: te amo; y su mayor anhelo no era otro que el de ir, el de correr á buscarla. Recordaba después sus obras, y procuraba traer á la memoria los parajes que hubieran podido fijarla. No me habla de mis dramas. Quizá no los conozca; y sin embargo hay uno entre ellos en que he hablado del amor con fuego y con hidalguía, uno en que he descubierto enteramente mi corazón.

Pero si en vez de escribir para el público, la hubiese escrito á ella para ella; si hubiera sabido que había en un rincón del mundo un alma que me escuchaba!

Sorprendióle la noche en aquella fiebre poética, y emprendió la vuelta á su casa con pasos lentos; cuando percibió el ligero rumor de la población, cuando vió las primeras casas, todo su entusiasmo decayó; sonrióse amargamente y se dijo: Estoy loco.

Berenice le preguntó con un aire malicioso si había cazado mucho. Creyóse descubierto, y para disimular mejor trató de reconcentrar mas su preocupación en su pecho á donde se refugió. Respondióle que no, que había estado poco cetero.

—A mas, señor, le dijo Berenice, no teniendo ni munición, ni pólvora... y le mostró el cuerno de la pólvora y las bolsas de los plomos olvidados sobre su mesa.

Al comer, halló á Marta pesada y enojosa. La pobre Marta no estaba de otra suerte que como de ordinario. Pero á él no le disgustaba tener un pretexto para no decir una palabra. No fué mucho el tiempo que tardó en encerrarse en su habitación. Tomó una pluma y papel, después permaneció largo espacio sin escribir, se levantó é involuntariamente arregló sus cabellos delante de un espejo; sentía la necesidad de aparecer bien aun lejos de ella. Seguidamente volvió á ocupar su asiento. ¿Qué le diré? si me dejo llevar de la influencia que me domina en este momento me tomará por un loco, ó se alarmará con una amistad tan súbita y apasionada. El afecto que me manifiesta es fundado, puesto que me conoce. Pero de mí podrá creer con razón que soy para con ella lo que para con cualquiera otra.

Y por otra parte ¿sé yo quién puede ser esta mujer? Por lo mismo debo contestarla. Valiérame mas no haber recibido esta carta; en mi cabeza no hallo otra cosa que confusión é incertidumbre.

Sin embargo, después de haber permanecido algun tiempo á la ventana aspirando el viento de la noche, volvió á colocarse ante la mesa, y escribió. Al principio concibió la idea de contarle la historia toda de su vida, pero inmediatamente rasgó aquella hoja de papel. Necesito conservar la aureola poética que me circunda á sus ojos. No llegaría á comprender cómo es que me he resignado á todo el prosaísmo de la vida á que me he condenado.

VILHEM. Á M. M. M.

«Recibo su carta de vd., señora, en un período de apatía y de abatimiento profundo. Abruñado por las amistades que me rodean, y cuyo principal defecto es el de no ser amistades, aproveché con afán la ocasión de desahogar mi alma. La amaré á vd. desde lejos, y esto quizá me producirá algun bien.

«Ignoro de la manera que deba escribirle. En una correspondencia ordinaria, vd. me hablaría de mí, y yo la hablaría de vd. Pero vd. me conoce, y yo á vd. no, vd. me habla de mí, y no hay otro recurso que el de contestar hablándola de mí tambien. Sin embargo, me sería mucho mas grato el poder hacerle de vd.

«Frecuentemente, cuando escribia, prescindía de la multitud, del público, y me figuraba y narraba mis historias á una mujer, por lo cual únicamente soñaba en la gloria, por la cual solo ansiaba manifestar lo que de bello y noble existía en mí.

«Esta mujer no la había hallado aún: ¿quiere vd. serlo? y esto cuando ya no escribo: al menos cuando ya no volveré á escribir para el público, si bien escribiré para vd.

«Quizá pensará vd. de mí que me dejo llevar con demasiada facilidad de las eventualidades; quizás tambien sea indigno del verdadero afecto que la profesa mi corazón. Mas, un instinto secreto me impele á obrar así. Juego mis últi-

mas probabilidades de felicidad, con tanta mayor confianza, cuanto que las creía perdidas, y si me engaño volveré solo á hallarme de la propia suerte que ayer. Amémonos desde lejos. Yo la dedicaré á vd. todo el espacio de mi vida, que me dejen libres los disgustos que me rodean. Miraré como una preciosa conquista todo cuanto pueda reservar de ella para vd.

«Contésteme vd. y hábleme de sí misma.

«Siempre con la misma dirección.»

Si, se dijo Roger, siempre con la misma dirección. Dejaria de amarla en el instante mismo en que alguien se apereciera de nuestra correspondencia. Por otra parte no deja de ofrecerme tambien algunos atractivos el misterio que á sus ojos me rodea.

Aunque, por ¿qué no he de descubrirme yo antes que ella? Pero estando tan próximos, y si fuese como ella misma dice, esto la inquietaría. Además sería preciso entonces hablarla de mi vida actual y quizá tambien de mi mujer, lo que haré lo menos y lo mas tarde que pueda.

Después salió y fué á llevar su carta al correo, sin embargo de que no debía marchar hasta el día siguiente, y de que con aquella precipitación no ganaba ni un solo minuto. Mas le parecía que con esto se aproximaba mas á ella.

VI.

M. M. M. Á VILHEM.

«Amigo mío: Cuanto me honra y cuán feliz me hace su confianza. Al principio dudé en enviar á buscar mi carta; á medida que se aproximaba el momento en que debía llegar su respuesta de vd., la esperaba menos. No vivo en el Havre, concédame vd. este misterio que me protege y me da aliento para amarlo; no me pregunte donde estoy; viva únicamente seguro de que pienso en vd. Al volver la persona á quien había mandado, no me atrevía á preguntar si tenía ó no carta; me la entregaron, la tomé y me encerré; no podía creer, y aun ahora es mucho que pueda comprender mi felicidad. Ya la he leído y releído un millón de veces. No me había engañado acerca de vd.; y no obstante, estaba muy pesada de haberle escrito cuanto hay en el mundo hubiese sacrificado porque no llegase mi carta á sus manos.

«Sí, con un placer indefinible es como acepto su amistad, vd. verá de qué manera ama y consuela una mujer. Soy ya por lo tanto, su hermana, su amiga, y reuniré en su turno cuantas ternezas puede prodigar una hermana, una madre. Permítame vd. que le ame, acepte cuanta abnegación hay en mi alma y después, cuando me conozca mejor, conségreme, si es que puede, alguna parte de su cariño.

«Pero, sobre todo, vuelvo á repetírselo, no procure saber ni donde estoy, ni quien soy: tendría entonces miedo de vd. y dejaría de amarlo. Mi vida se pasaba enojosa y triste. Nada había que me agradase ni me causase interés; y era que le había adivinado á vd., amigo mío: era que le esperaba, y que no podía satisfacerme nada que no fuese vd. Hoy le llamo amigo mío: y no de otra suerte es como hace mucho tiempo le llamo en mi corazón; este nombre nada tiene de nuevo ni de estraño para mí: pero ¿me juzgará vd. por ello imprudente? ¿Haré mal en obrar de esta suerte? ¿Semejante temor que me hiela y que no tiene otra causa que el de que pudiera saberse que le escribo; proviene de un instinto de discreción y de deber; ó del miedo de que se haga pública mi ventura? Si me equivoco, amigo mío, adviértamelo vd. Guíeme, aconsejeme, sea bueno para conmigo y no me castigue nunca porque sea una pobre mujer ignorante que no ha reflexionado quizá lo bastante antes de tomar la pluma para escribirle.

«Quiere vd. que le hable de mí: ¿y qué es lo que puedo decirle? No me resuelvo á ello; pareceme que esto sería faltar en algo á mi resolución de serle desconocida. No obstante, si se liciese vd. de mi un retrato que no se me pareciera, y empezara á tomar cariño á ese retrato... Soy joven, mi cabello es rubio, paso por bastante bonita. Hé aquí todo lo que vd. sabrá.

«En cambio vd., amigo mío, hágame su retrato aunque sea ligerísimo. Estoy segura de haberle adivinado. Vd. es alto, vivo, su edad la de veinte y ocho años, y su cabellera negra. Me parece indudable que no me engaño.

«El mar está bellísimo en el momento en que le escribo. Vd., parisién, ignora que la naturaleza nos prodiga espectáculos mas esplendentes que los suyos. Le envío á vd. algunas violetas secas que he hallado ocultas bajo sus hojas en mi jardín. Son probablemente las últimas de este año.

«Adios.»

Por la noche observó Roger con disgusto que su mujer era rubia; parecía que no tenía derecho para ello; nada es tan enojoso como las semejanzas que se permiten tener las personas á quienes no se ama con aquellas otras á quienes se ama. En la situación de Roger sobre todo, era aquel parecido desagradable é incómodo á la vez; no le era conocida la fisonomía de la mujer á quien escribía, y cuando quería figurársela en su mente, la idea de los cabellos rubios despertaba naturalmente una semejanza entre el semblante que trataba de crear en su fantasía y el de su mujer. Era sin contradicción el peor disgusto que le podía buscar el acaso.

En cuanto á Marta, previno á Berenice que al día siguiente era preciso levantarse muy temprano, para ocuparse de la confección de conservas de membrillo. Roger hizo un gesto escésivamente despreciativo. Esto no quería decir que despreciase las conservas de membrillo las cuales son indudablemente las mas especiales entre las conservas.

(Continuará.)



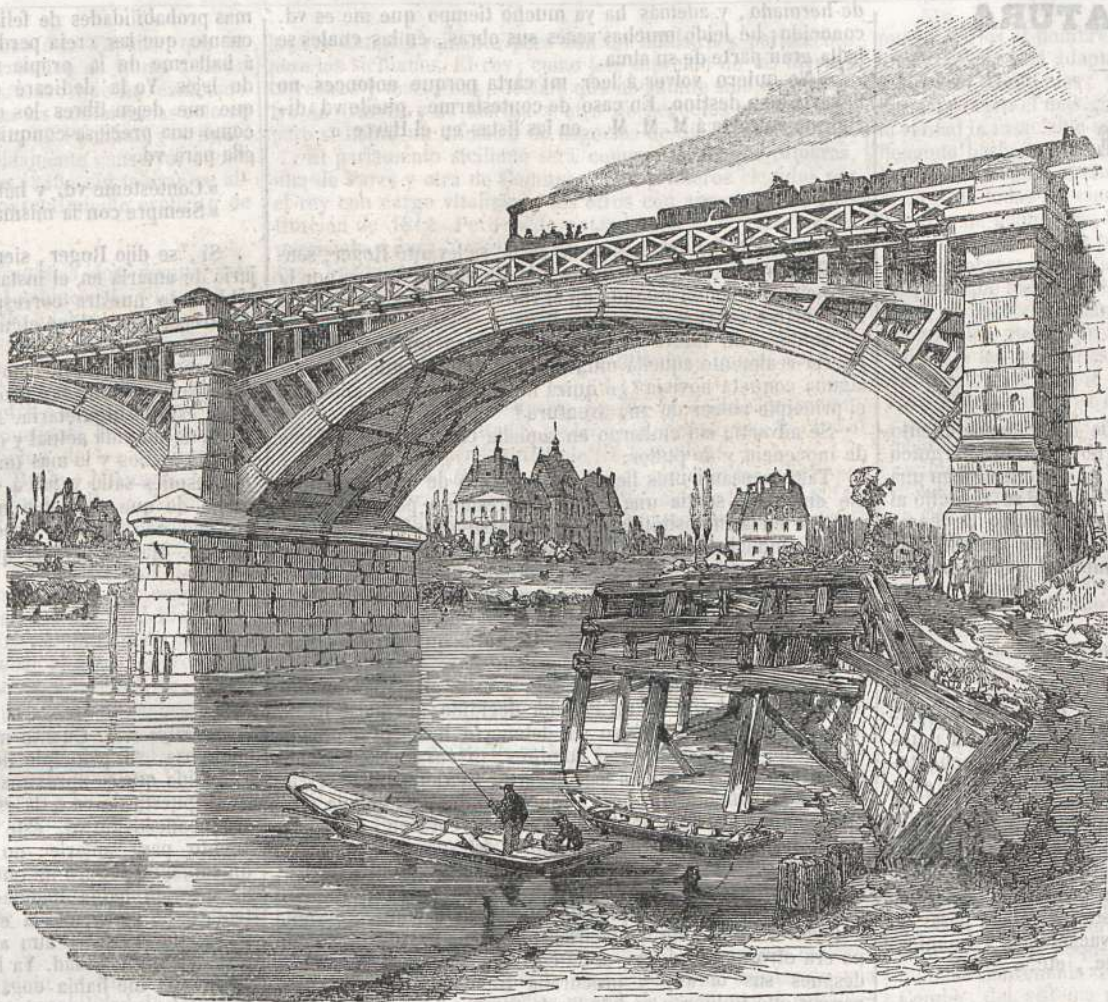
CAMINOS DE HIERRO.

(Continuación.)

Los gastos de un camino de hierro, pueden dividirse en dos partes: una fija, que consiste en hierro fundido, madera, máquinas, locomotores, coches, wagones, embarcaderos, oficinas y servicio, y otra que comprende la de compras de terreno, indemnizaciones, alineación, terraplen, desmonte y obras extraordinarias, que está sujeta á variaciones, pues siendo conveniente evitar subidas, bajadas y vueltas, hay necesidad á veces de atravesar una cuesta considerable, para lo que se hace preciso horadarla de parte á parte, por medio de una galería subterránea; otras de salvar un valle profundo, siendo necesario formar puentes colosales de varias arcadas sobrepujadas semejantes á las acueductos romanos; de estas obras puede formarse cabal idea por los grabados que publicamos en el número anterior y los que acompañan al presente; además, si el camino ha de servir para carruajes que vayan y vengan á un mismo tiempo, forzoso es construir dos carriles ó salidas oblicuas de distancia en distancia, para que unos y otros se dejen paso. También acontece haber de atravesar caudalosos rios, teniendo precisión de construir puentes giratorios que permitan despues del paso de convoyes, el de los navios, así como de inutilizar partes enteras de poblaciones y dejar paso á las carreteras comunes en sentido inverso. La construcción general del camino está reducida á maderos de una cuarta en cuadro, colocados en posición horizontal á la dirección de este, y con una tercia de intervalos de unos á otros, con abrazaderas de hierro á los extremos, que sujetan las barras colocadas sobre ellos y constituyen el carril.

La disposición que generalmente suelen tener los embarcaderos ó puntos de partida de los convoyes, es con corta diferencia la siguiente: (1) Dos estancias á flor de tierra le dividen en dos mitades, cada una destinada á diferente objeto: la primera, cuya entrada la forma un pabellon cuadrado sostenida la cúpula por algunas columnas sentadas sobre seis escalones que las elevan, y hasta el pie de los cuales llegan los carruajes ordinarios, se dividen en otras dos estancias: una para depósito de los géneros, y la otra de descanso y espera de los viajeros, mientras llega la hora de ocupar sus asientos respectivos. La otra mitad del edificio que se halla interiormente rodeada de un ancho andén de madera, sirve para tomar los coches del convoy de salida y llegada; y el centro para depósito de máquinas de conducción y de socorro, al mismo tiempo que un gran número de carruajes que forman los diferentes convoyes. Al extremo de esta galería se halla situado el mecanismo para dar vuelta á la máquina directriz, el cual consiste tan solo en un círculo de hierro sostenido por un eje perfectamente equilibrado, sobre el cual colocada la máquina se le dá un movimiento de rotación con el mas leve impulso.

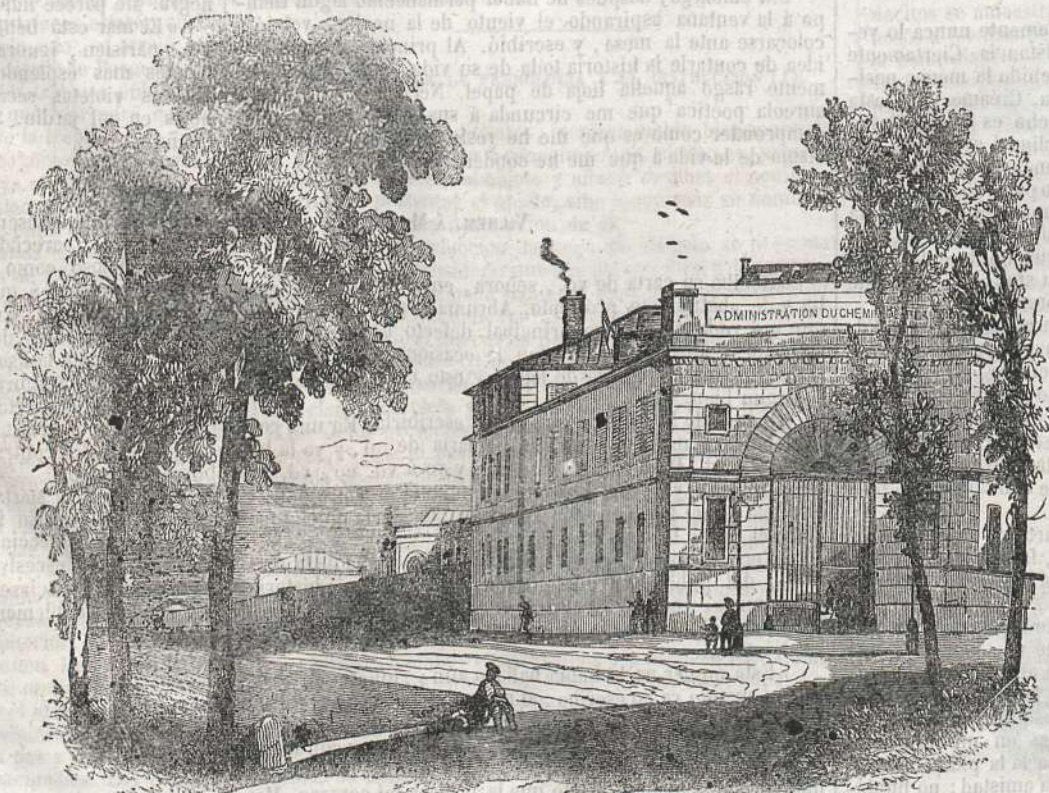
Las primeras locomotivas que se establecieron en los caminos de hierro, tan solo estaban montadas sobre cuatro ruedas, como los carruajes ordinarios; empero al considerar cuán fácil sería con la velocidad y celeridad con que recorren las distancias marcadas, que una rueda se saliese de su



Paso de un convoy sobre un puente.



Travesía para personas sobre el camino de hierro.



Exterior de un embarcadero, ó punto de partida de un camino de hierro.

sitio, ocasionando con la falta de equilibrio mil desastrosos azares, sin contar el retraso que necesariamente habian de causar al viajero, se añadieron dos ruedas mas al carro de la máquina, así como al del depósito de carbon de tierra que inmediatamente le sigue; de manera que las primeras tan solo se emplean como refuerzo en los dias en los cuales un exceso de concurrencia hace preciso aumentar los carruajes, y por consiguiente la fuerza de la máquina directriz.

Los coches son cómodos y espaciosos para que puedan contener en los de primera clase ó diligencias, y en pie cinco personas de frente, sentadas en mullidos cojines, alumbrado por las noches el interior por la débil luz de una lámpara asaz viva, sin embargo, para distinguir las personas que allí viajan, cuyos muelles sofás, que como tal pueden tomarse, disminuyen un tanto el indispensable movimiento de oscilación que la celeridad de la marcha imprime, que á decir verdad es imperceptible, hallándose el ferro-carril en su perfecto estado: en los de segunda clase ó wagones suelen acomodarse seis viajeros por banda.

Hay además otras dos clases de carruajes designados también con este último nombre, unos parecidos y de la forma de unos vastos cajones, donde van colocadas con mucho orden las mercaderías, géneros de comercio y equipajes, cubiertos con grandes toldos de baqueta, y los otros muy semejantes á unas jaulas donde se encierran las bestias y demás clases de animales, cada distinta especie separada para su mayor seguridad. Generalmente el orden de marcha es el siguiente: los primeros wagones que siguen á la máquina están destinados á los equipajes, y demás géneros de comercio; siguen los de los animales y demás objetos de transporte; las diligencias y cupés de primera clase, los de segunda, los wagones, propiamente dichos, cerrados; idem abiertos de menor retribución; diligencias y mensajerías cargadas; y finalmente los coches, berlinas y demás carruajes particulares. Toda esta larga fila, conducida, según hemos dicho, por una ó dos máquinas según es mayor ó menor el número de carruajes que tiene que arrastrar tras sí.

La entrada y salida de los desembarcaderos ó paradas, si ya estas no se hallan situadas al cabo de la línea, se halla sembrada de diferentes carriles de hierro, espresamente puestos para evitar los encuentros de las máquinas y wagones que se cruzan en todas direcciones, cuyos carriles todos van á reunirse á cierta distancia, con el ferro-carril, que tan solo contiene dos vías de comunicación, una para el convoy saliente, y otra para el entrante, excepto en las grandes estaciones ó paradas intermedias, en las cuales hay siempre alguna otra mas para las máquinas de socorro que en todas ellas hay siempre dispuestas.

Como que las ruedas de los carruajes de los ferro-carriles han de tener todas ellas un engrace igual al carril, para que encajonándose en él, eviten toda separación y desgracia con la velocidad de su marcha, los carruajes ordinarios no podrían transitar por aquel camino, si no se les aplicasen las ruedas especiales que les imposibilitaría su marcha fuera de allí; y esto se ha obviado, colocándolos sobre un carro sencillo unido al de los wagones, sobre el cual se apoyan amarrados y fijos con cuatro cadenas de hierro, y para colocarlos en ellos se ha establecido una sencilla máquina.

(Continuad.)

(1) Mucha parte de la descripción que hoy damos, está tomada de unas curiosísimas cartas escritas por el apreciable escritor D. Luis Miguel y Roca, y de unos apuntes de viaje que publicamos en 1845.

CORREO DE MADRID.

No queremos retardar por mas tiempo la publicacion de nuestro correo de la capital. Poco importa que no tengamos bailes brillantes de que dar cuenta á nuestras amables lectoras, ni reuniones de buen tono que describir: la crónica de la capital no ha tenido que ocuparse, desde la aparicion de nuestro periódico, ni de lances de honor, ni de suicidios, ni de raptos, ni de robos, ni de muertes, ni de acontecimientos ruidosos, en fin, que sirvan de tema á las conversaciones de las sociedades de Madrid: no es esto culpa de quien anda á caza de novedades, sino de la casualidad que ha dejado correr veinte dias monótonos cuanto pueden serlo. En tal situacion, y escritos ya los renglones anteriores, debemos elegir entre estos tres partidos: romper la cuartilla que hemos emborronado, y aplazar el comienzo de nuestra revista chismográfica, para dias de mas novedades, ó inventar las que mejor nos plazcan y venderlas por ciertas, ó hacernos por junto cargo, fielmente, de unos cuantos casamientos prosaicos, y de la aparicion de la estrella que reunió en calles y plazas algunos centenares de papanatas.

Pero esto apenas nos daria materia para veinte líneas: se nos ocurre una idea que nos liberta de abrazar ninguna de estas tres alternativas: ya que hoy no podamos hablar de realidades, hablemos á falta de otra cosa mejor: de un sueño, que tiene no poco de positivo, como comprenderán perfectamente nuestras bellas y amables lectoras; del sueño de una jóven tal como la representa el grabado del frente, cuya explicacion va por hoy á llenar el espacio que destinábamos al correo de Madrid.

Héla ahí en nuestra lámina reclinada en un sitial; la costura ha quedado abandonada sobre el velador, y el libro mismo que ha hecho olvidar la costura, está á punto de des-



prenderse de la mano, que se apoya negligentemente en el brazo derecho del sillón. Nuestra jóven acaba de escapar de la vigilancia de una aya, ó de las paredes de un colegio. ¡Ayer cumplió 16 años! y mañana se presenta en el mundo, para ostentar sus gracias y su talento; en este intervalo de ayer á mañana tiene lugar el sueño de la jóven. El traje es lo primero que la ocupa, y los pormenores de él aparecen en torno suyo tan revueltos como en su cabeza; despues el paseo en carruaje, las visitas, los banquetes, el teatro, los conciertos, el paseo por el parque, los bailes, la equitacion, los espectáculos, las tiendas, despues... despues una bella mañana el arreglo del casamiento, porque el sueño corre veloz hasta colocar á la jóven al pié del altar recibiendo la bendicion nupcial, y hacerla viajar en silla de posta, camino de París, donde va á pasar la luna de miel!

Quien quiera que seas, bella é inocente niña que duermes en calma, prolonga cuanto puedas las ilusiones que debes á tu fantasía, y procura no despertar, ya que durmiendo eres feliz!

Para conclusion podríamos decir algo de teatros si esto no estuviera mejor en otro lugar, y algo tambien del tiempo, que tan pronto se anda vistiendo de primavera como de invierno, si esta materia no hubiere llegado á hacerse impertinente en fuerza de tanto abusar de ella. Así pues, confesando ingenuamente nuestra absoluta carencia de noticias madrileñas capaces de interesar á algunas personas, lo mejor que podemos hacer es despedirnos para otra ocasion en que seamos mas afortunados.

CARICATURAS.

CONOCIMIENTO DE LAS PERSONAS POR LA CABEZA Y POR LOS PIES



Jóven.



Viudo.



Valiente.



Ligera de cascos.



Cominero.



Que vive del hambre de otros.



Aplicado.



Haragan.



Hablador.



Curioso.



Pintor.



Pinturero.



Entrometido.



Insolente.



Presunido.



Cesante.



Comodo.



Coqueta.



Sin penas.



Hombre de peso.



Hombre que carece de algo.

CRÍTICA LITERARIA.

Hemos ofrecido no dejar pasar ni una publicación de algunas pretensiones, ni un libro nuevo un tanto importante, sin manifestar francamente nuestra opinión acerca de él; á veces nos ocuparemos también de producciones ya impresas y en circulación para recomendar ciertas obras ó advertir á nuestros lectores la inutilidad de otras; hoy insertamos las dos epístolas siguientes, que nos ahorran el trabajo de estendernos hablando de uno de los libros mas desatinados, pero mas propagados también que ha producido la prensa española en estos últimos años. Hé aquí, pues, las dos citadas cartas, por cuya publicación no debe culparnos el lector de interceptación ni abuso de confianza, pues las tales epístolas, ni han tenido nunca la desgracia de andar rodando en balijas, ni han producido ganancia á la renta de correos.

OBSERVACIONES Á LA ESPAÑA GEOGRÁFICA, HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTORESCA, ETC, ETC, POR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

(Epístola á un geógrafo trasatlántico).

I.

QUERIDO JORGE:

Tu carta ha sido para mí de extremado contento, por ser tuya y por las noticias que encierra; sigue trabajando con empeño, pues obra como la que meditas es de aquellas que dan inmortalidad.

Me pides noticias de los libros que puedan servir á tu intento, entre los que hayan visto la luz pública en la Península: y, como otras veces, repito que á semejante tarea no alcanzan mis fuerzas.

Te envío los mapas que lleva publicados el distinguido ingeniero don Francisco Coello y Quesada: son tan buenos que sobrepujan á todo elogio. Con ellos va un paquete de entregas del *Diccionario de Madoz*; si buscas el artículo correspondiente á *España*, no lo hallarás; pero no por eso creas incompleta la obra, ya sabrás que hay sermones donde todo juega menos el Santo Evangelio del día. Puedo asegurarte para tu satisfacción que la mayor parte de los artículos están escritos por naturales que cuentan de sus aldeas mas grandezas y mentiras que juntas se leen en el *Viajero universal*: á falta de pan buenas son tortas.

No esperes la *España geográfica, histórica, estadística y pintoresca* del señor don Francisco de Paula Mellado, tan voluminoso libro no tiene de notable mas que el título. Voy á darte las razones de esta negativa.

La *España geográfica* debe ser una descripción de la parte del globo terráqueo llamada España, considerada como mansión de los hombres y en sus relaciones con el universo. Mas como en esto de definir cada cual tiene su gusto, el señor Mellado ha hecho el suyo, descartando desde luego la definición y gran parte de lo definido.

No podrás averiguar, si á su libro te atienes, en qué clima del mundo, en qué zona se hallan situados los paisanos, y si te empeñas en calcularlo con el globo á la vista, todavía tropezarás con la dificultad no pequeña de ignorar cuál es el meridiano que prefiere el editor-geógrafo.

Conocida la posición de la *España*, como gálícamente dice el ser Mellado, no te afanes en registrar nada de meteorología en las páginas de la introducción, no hay tablas comparativas del agua que cae en nuestras provincias, no se mencionan los vientos periódicos que reinan en algunas de ellas, y hasta pasa muy de ligero, y apelando á Jones por la temperatura. Sin duda, como el autor es mas comerciante que labrador, se interesa poco en estos fenómenos atmosféricos y otras cosas astronómicas que al caso de una geografía de España hubieran venido de molde, y mas siendo tan ignoradas.

La península española es una pirámide, cuya base casi cuadrada se apoya en las olas de estrambas mares. Cruzadas de cordilleras, erizadas de rocas, surcadas por rios que taladran las sierras, se despeñan en barrancos profundísimos, ó se pierden á veces en abismos impenetrables, ofrecen nuestras tierras evidentes muestras de la lucha gigantesca, que para formar nuestro suelo trabaron los elementos de la naturaleza. ¿Qué sacudimiento tan terrible no debió preceder á la separación de Europa y Africa, al partirse Calpe y Avila, continentes gigantes de una y otra costa! ¿Qué horribles convulsiones cuando se abrió el suelo para dejar salir al Norte el gigantesco muro granítico de los Pirineos, al Sur, las cordilleras de las Alpujarras, cuyas nubes son eternas! ¿Esas melancólicas parameras del centro de la Península, cuántos obstáculos no han puesto á las corrientes de los rios que destruyen sus lomas! Este cuadro magnífico que ofrece tan grandes consideraciones al geólogo no ha merecido ni una palabra del señor Mellado. Los criaderos, las grutas estalactíticas, como dice el vulgo, las fuentes del polvo, de sangre, de aguas de colores y variadas temperaturas, los volcanes apagados, los huesos humanos y de animales de especies perdidas, las petrificaciones de mariscos, la diversidad de terrenos, la inmensa variedad del reino mineral en España no existen para el autor de la obra que me pides. Sin duda no ha creído necesario ocuparse de las honduras de la tierra como ha olvidado los fenómenos atmosféricos. Aunque Bowles y otros hubieran podido facilitarle estos trabajos siempre para ellos se necesitaba gran caudal de conocimientos.

¿Crees que en tan voluminoso libro se encuentra algun rastro de botánica y de zoología españolas? Muy mucho te equivocas: ni Quer, ni Cabanillas estuvieron jamás en el bufete del editor, si hemos de juzgar por la injusta omisión que hace de nuestra hermosa vegetación, de nuestras especies, de nuestras variedades: pero en cambio asegura que se pueden aclimatar en nuestro suelo todas las plantas de todos los países: tú ya conocerás que todas las de todos no

será hacedero y por consiguiente que habrá rebaja en esta generalidad vulgar, no tolerable cuando habla un hombre científico como el señor Mellado se cree.

Los pobres animales, en Madrid, no se ven sino disfrazados; pero esto no es razon para escluirlos de la *España geográfica*, y eso que la Península tomó su nombre de uno de ellos, segun el dictamen de célebres cronistas (1). Ni de los caballos se ocupa.

No te admires; ¡del hombre también se olvidó nuestro famoso editor! No dice á qué raza pertenecemos, ni de cuáles venimos; no consagra una línea á nuestro carácter á nuestras cualidades morales y á nuestros dotes físicos. Como somos de casa nos da por conocidos.

¿Qué hay, pues, en este libro de novecientos cuarenta y seis páginas?

Lo que se encuentra hasta en las diminutas geografías de los niños.

Después de un largo prólogo donde el autor pondera sus trabajos hercúleos para escribir la obra, tropieza el lector con una introducción que á mas de breve y mal pergeñada, tiene el inconveniente de abundar en ideas peregrinas. ¿Cuánto mejor es el artículo correspondiente á la palabra *España*, del *Diccionario geográfico estadístico* del laborioso y entendido don Sebastian Miñano!

De las grandes canalizaciones de Aragón y de Castilla desciende á las acequias de la vega de Granada, de las cuales se encuentran tres, por lo menos, en la orilla de cada rio. Habla de puentes y viaductos y se olvida de los construidos por los romanos en Segovia y en Tarragona.

En esta síntesis de la obra (pues tal debe ser la introducción en todo libro y mas en los geográficos) hay, se supone, su parte estadística, la cual corre parejas con la topográfica. Falta la estadística criminal, la de artes y oficios, la de enfermos, muertos y nacidos, la de eclesiásticos y seculares, la de empleados y no empleados, la de la riqueza y sus infinitas subdivisiones, faltan en fin algunas observaciones históricas sobre el movimiento de la población española en los tiempos anteriores al presente; si noticias se encuentran de provecho son tomadas del concienzudo manual del señor Caballero. Probablemente este eruditísimo escritor, aunque adornado de todos los conocimientos necesarios á un geógrafo, tardaría en allegar los materiales de una parte de su preciosa obrecilla, mas que el señor Mellado en preparar, escribir, publicar y vender su voluminoso libro.

¿La parte histórica!... ¡Oh! ¡la parte histórica abunda en hudezas de tamaño colosal! Es una recopilación de todas las vulgaridades y consejos de nuestra maltratada historia nacional, faltándole solo unas cuantas citas de los falsos cronicones. En vano buscarás en este breve compendio algunos detalles circunstanciados de geografía antigua, ni una tabla siquiera de nomenclatura comparada para que los escolares puedan comprender á Tito Livio, á Plinio, á Pomponio Mela, á Polivio y á todos los antiguos historiadores y geógrafos. Como este estudio es tan árido y se halla esparcido en varias historias de ciudades y en libros tan escabrosos como la *España sagrada*, el *Diccionario* de don Miguel Cortés y Lopez, los *Sumarios de antigüedades* de Ambrosio de Morales y de Ceán Bermúdez, las *Antigüedades* de Franco y otros, el señor Mellado no ha querido secar su imaginación en tales laberintos, ni descuidar sus fecundos negocios editoriales. Lo mismo digo de la geografía y nomenclatura árabe. ¿Quién estropea su garganta leyendo los nombres enrevesados que los bárbaros de Africa tuvieron á bien poner á sus colonias modernas y á las poblaciones antiguas? No parece sino que en este siglo de vapor y de ganar dinero, estamos descasados para consultar á Edrisi, los infolios de Casiri; ni menos á Conde y Gayangos en sus traducciones ó compilaciones ilustradas con notas de mayor valor que el texto. Gracias á las noticias que el señor don Francisco Mellado ha encontrado en alguna crónica como las de Roman de la Higuera asegura muy formal que Annibal murió en una batalla; *risum teneatis*.

Tras de la parte histórica, viene la administración y gobierno: en esta sección suprimió el autor-editor la historia de nuestras instituciones y de nuestra antigua administración, eso todo se ha abolido y no hay para qué nombrarlo, lo pasado pasado, que los fueros de las ciudades Marina, Llorente y tantos otros libros que de esto tratan, son muy pesados de extraer y aun difíciles de haber á las manos.

Si alguna vez dudases sobre el valor de nuestras antiguas monedas, no acudas á la *España*; sin embargo, sabrás, si la consultas, que la onza vale diez y seis duros, y el ochavo, un ochavo ó dos maravedís. El Cantor, el Benítez, las leyes de Partida y aun el diminuto tratado del *Diccionario geográfico* de Miñano, hubieran dado alguna luz al señor Mellado; pero quiso limitarse á lo moderno, porque esto con solo cortar la hoja de cierto libro que todos sabemos, se tenía el material hecho para el cajista que clamaba por original. De las medidas antiguas godas, árabes y romanas, de la historia de nuestras tropas de mar y tierra, ni jota, ni referencia.

Da fin la parte sintética (que en dos geografías francesas y en una inglesa que tengo á la vista, ocupa la mitad del tomo) en la página treinta y cinco. Como la religión de nuestros padres anda tan olvidada en nuestra católica España, tampoco tiene lugar en el libro de los novecientos cuarenta y seis folios. No se nombra á los mozárabes, y pospuesta la verdadera, no creyó sin duda justo el editor ocuparse de las falsas sectas de los judíos, de los mahometanos, de los idólatras malayos, ni de los esfuerzos aislados de los protestantes.

Cuando tal es la parte sintética, la introducción que sirve de muestra ¿cómo será el paño? No cabe ponderación, y te juro, á fé de cristiano viejo, que no comprendo la cínica temeridad del prólogo en que se detallan los trabajos preparatorios del autor. Después de leer á Antillon se ve cuán ciertas son las protestas de sus estensos prolegómenos; pero cuando se recorre la *España geográfica*, el ánimo se llena de melancolía, viendo la ciencia (que no se puede impro-

(1) Claro es que aludimos al conejo llamado en lengua fenicia *Spuu* ó *Saphan*. Algunas medallas que se pueden ver en la obra del P. Flores, tabla 1.ª, tomo I; la opinión de Bochart y de Eliano, lo que dicen Plinio, Strabon y Catulo han dado margen á esta conjetura.

visar) en manos de compiladores que desconocen hasta los elementos.

A pesar de lo que en las correcciones se lee, estoy persuadido de que el señor don Francisco de Paula Mellado al ver concluida su obra, dijo con Ovidio en sus epístolas:

Cum relego scripsisse pudet.

Adios, esta carta parece ya cartapacio, y la obra de cuyo análisis me he ocupado, no lo merece.—Tuyo,

PEPE.

(Epístola del geógrafo trasatlántico.)

II.

Sunt mala plura.

MARCIAL.

CARÍSIMO PEPE:

Cuando recibí tu epístola, leía con estremado fastidio las últimas páginas del libro zurcido por el famoso editor de la *Biblioteca Popular*; si me hubieras remitido la obra para siempre reniego de tu amistad y de tu crítica.

¿Qué *pandemonium* de disparates, qué pretensiones tan ridículas como infundadas! ¿qué ignorancia! ¿Acaso la geografía es un cuento fantástico, unos versillos octosílabos, ó un suelto de periódico? No, si no póngase á escribir cualquiera sin saber mucho de historia natural, de astronomía y de estadística, sin erudición histórica, legislativa, etnográfica, teológica, numismática, métrica, política, económica y artística, con otros adherentes, y dirá cada desatino como un puño, á la manera de los del señor Mellado. ¿Si creará el autor de la *España*, que escribir una geografía de la península nuestra, es perfejar prospectos ó sueltos panegíricos para pescar incautos?

En tiempo de Ricaredo decía san Isidoro:

«Eres tú (¡oh España!) entre todas las tierras que baña «Febo desde el Oriente á su ocaso, la mas hermosa, y «siempre has sido sagrada, feliz cuna de príncipes, y de «la porción mas ilustre de las gentes. Tú, de justicia, vienes á ser la reina de las provincias de quien bebe brillanteces el sol, no solo en su funesta tumba, sino en «su alegre feliz cuna. Tú eres la honra y adorno de todo «el globo de la tierra, la porción mas ilustre de la gran «madre y el mayorazgo de Ceres, en el que se recrea «tamente y florece felizmente la gloriosa fecundidad de «los antiguos Getas. Con razon, ó pródiga ó indulgente la «naturaleza, te enriqueció con la mas fecunda virtud de «sus producciones. Tú, ópima en frutos, fecunda en vides y alegre en mieses, te vistes de la frondosidad mas «pomposa, te sombras con los verdes ramos de la oliva, «y te entretejes con los pámpanos de las deleitosas vides. «Tú, floreciente en campos, hermosa en montes y abundante en pescados, que tributan para tu delicia tus mares y tus rios. Tú, situada en la region mas placida del mundo, ni eres tostada con el ardor del estío, ni marchita con las rigurosas escarchas del invierno: antes «sí, ceñida con la zona mas templada del cielo, eres toda «primavera en quien soplan los céfiros mas suaves y felices. Tú sola produces cuanto tienen las campiñas de fecundo, cuanto tienen los fósiles y venas metalarias de precioso, y cuanto en el reino animal se halla mas útil y pujante.

«No eres tú inferior á aquellos rios á quien ennoblece la fama de las manadas de ganados mas hermosos, el celebrado Alpeo de la Arcadia, no engendra en sus fértiles orillas caballos tan generosos y ligeros como los tuyos: el famoso Clitumno, cuyas espumas hacen cándidas sus vaderas, te aclama mas feliz en esta especie: no obstante «que el primero supo dar brutos veloces como aves, para «que tirase Roma las cuadrigas de sus triunfos, y que el segundo supo tributar al Capitolio novillos fortísimos, que ceñidos con la blanda seda, fuesen víctimas y holocaustos de sus aras. Tú no envidias á las fértiles y amenas selvas de la Etruria, ni tienes que enristecerte de los frondosos bosques y amenos campos del pastor Morlocho ni el curso veloz de tus caballos tiene que portar ventajas, con los que rendian su cerviz á los carros de Eleo. Tú eres abundante en caudalosos rios y fecunda en auríferos arroyos.... Tú, de la púrpura de tus mares, fabricas la mas ventajosa grana, siendo afrenta del comercio Tyrio. «Tú crias en las cavidades ocultas de sus montes, aquella piedra cuyo resplandor se exalta mas con la vecindad del sol. Tú eres abundante en piedras preciosas, fértil en gobernadores y en las mejores dotes de los imperios: de suerte que eres tan opulenta en adornar príncipes, cuanto bienaventurada en engendrarlos. Con razon, la famosa Roma te deseó, como princesa de todas las gentes, y aunque es verdad que supo darte leyes el Capitolio, hoy finalmente te logra, á impulsos de victorias repetidas; la florentísima gente de los godos, segura en la felicidad de tu imperio, de tus riquezas y de tus honores» (1). Hasta aquí el santo.

¿Un país que tales alabanzas merece y tantas cosas notables encierra en su seno, no es lamentable verlo descrito tan miserablemente?

Porque no es solo en la introducción que tú has analizado con demasiada indulgencia; en la parte descriptiva se encuentra aridez, equivocaciones, ignorancia á cada paso. Tengo entendido que el Sr. Mellado es granadino, ó por lo menos que allí ha pasado algunos años; pues bien, en la topografía de aquel privilegiado reino, en la descripción de la ciudad tan célebre y tan conocida, hay veinte y un errores y eso que apenas llega á cuatro páginas lo que el autor consagra á la capital del reino de Alamar.

La fundación de Granada no se pierde en la antigüedad de los tiempos: si por acaso esto es cierto tendrá aplicación á Iliberia y no á Granada. La Alhambra no es castillo, sino un recinto con palacios, mezquitas (ahora parroquias) jardines, ca-

(1) He seguido la traducción que inserta D. Fernando José de Cárdenas en sus notas á los M. S. de Franco. El que quiera registrar el original, puede consultar la edición de Madrid de 1788, que es mas completa y correcta que la régia.

serios, plazas, fuentes, algives, bosques y alcazaba ó ciudadela. Granada no se llamó nunca Iliberia, lo cual han demostrado Lafuente Alcántara, Gayangos, Conde en sus notas al Nubiense, y sobre todo el texto de Alkatib, completado por Jaubert. La puerta de Elvira tampoco es castillo. En 1845 se había publicado ya *El libro del viajero en Granada*, por el erudito y elegante autor de la *Historia de Granada*, don Miguel Lafuente Alcántara, académico de la Historia, y además había los paseos de Argote y los de Echevarría, y estaba anunciado el *Manual del artista y del viajero en Granada* del señor Jimenez Serrano, por consiguiente cuando se condolia el señor Mellado de que no tuviese un *guía del curioso en Granada*, estaba ya curado el enfermo y paseándose: le sucedió lo que á aquel sacristán, que al llevar la cuenta del entierro se encontró casándose al supuesto difunto. Los geroglíficos del palacio de Carlos V no están en jaspe azul. En el patio del estanque ó de la alberca (que es su nombre) no hay estanques cuadrilongos, sino una gran alberca de 124 pies de largo, 27 de ancho y 5 de profundidad. La fuente del patio de los Leones está sostenida por doce leones no por catorce, y las columnas de las galerías de este suntuoso resto de la arquitectura árabe son 128 y no 141. El jardín de Lindaraxa, hermanísima sultana cuyo padre es célebre en las historias granadinas, no se llama del Andarage. Por consiguiente la *suavidad descripción* del palacio árabe es una sucinta retahila de inexactitudes de esas que saltan á la vista, no del que haya consultado los trabajos de la Academia, de Jones, de Gayangos, de Alcántara, de Argote, de Echevarría y de Pedraza, sino hasta del que haya visitado de prisa el alcázar árabe de Granada. He pasado por alto lo de *Gomares* por *Comares* y lo del *Alcoran* por el *Coram*, pues detenerse en la nomenclatura sería tarea para un volúmen. Este punto mas importante en geografía segun Voltaire y Balbi, que la topografía misma, está tan descuidada en el libro del señor Mellado que en cien pueblos escogidos por suerte hallarás diez erratas lo menos.

Generalife labrado por el príncipe Ozmin es para el famoso editor *casa de campo de Reyes*. La fachada churrigueresca de san Juan de Dios (notable solo por el corte de las piedras) es digna de verse segun don Francisco, y tambien la iglesia de los Cartujos. Este edificio cartujano es medianísimo y sobre todo no tiene camarín de la Virgen con preciosos jaspes. El señor Mellado se refirirá al Sancta Sanctorum adornado con pinturas de Palomino, autor del Museo Pictórico, y á la solería mosaica del camarín de la Virgen del Rosario en santo Domingo, distante por lo menos un cuarto de legua de la Cartuja. Pero se cita estos edificios que el artista apenas aprecia, se olvida en cambio de san Gerónimo, obra de Silve y enterramiento del Gran Capitan, de la casa del Carbon, que fué cuartel de los *corredores árabes*, de los miradores y de la cúpula de la Colegiata que se atribuyen á Herrera y de otras fábricas no menos notables en la historia de las artes.

Por último, ni en Granada hay diez hospitales, ni tuvo por hijo á ningún don Pedro Antonio Bocanegra, ni sus salones están al pie del cerro sobre que se asienta la Alhambra.

Esto es en el pueblo que conoce por sí el señor Mellado ¿qué será de los demás? No necesito decirlo.

Pero en verdad que yo compendiaría su obra en la mitad con solo descartarla de las palabras que se repiten, pues en un estado podría ir la de contribucion que paga cada pueblo, los hombres que da al ejército, sus equivocados productos y su vecindario. Con esto ocuparía un renglon lo que ahora es párrafo, pues el editor-geógrafo, como tú le dices, ha descartado la historia y ha simplificado la situacion de modo que casi todos son iguales.

Basta ya: el señor Mellado ha hecho el juicio de su obra al confesar en las correcciones que se había olvidado de Jerez de la Frontera. Semerantes libros, con tan poca conciencia escritos, no son buenos ni para liar especias porque tienen tanta tinta que les darían mal olor. Para los autores que así escriben, debería haber censura, inquisicion y penas atroces y vergonzosas. Yo condenaría al famoso editor á que no comiera sino pan y agua hasta tanto que hubiese estudiado lo necesario para escribir una España geográfica, estadística, pintoresca, etc., etc., etc., y á los diez años aun no habría salido del ayuno.

Adios: no juzgues con tanta severidad á Madoz; en su obra hay cimientos y materiales buenos, si bien se tropieza con muchos escombros.—Tuvo,

JORGE.

BENEFICIOS QUE LOS PÁJAROS PROPORCIONAN Á LA AGRICULTURA.

Hállase arraigada en nuestros labradores una preocupación perniciosa, que supone á los pájaros dañosos para la agricultura: de esta convicción errónea nace la opasion que tienen al arbolado los pueblos de Castilla, suponiéndole causa del aumento de los pájaros. Estas y otras convicciones, igualmente disparatadas, han de ocuparnos en nuestros números sucesivos. Entre tanto apuntaremos algunas especies que demuestran la utilidad de los pájaros salvajes. Únicamente deben considerarse como destructores de las cosechas á los cuervos y los pichones; en cuanto á estos últimos, además de que es muy fácil limitar su número, devoran en los campos cultivados tantas simientes de yerbas nocivas á la recolección como granos confiados á la tierra. El martin-pescador, ávido con especialidad de abejas, que acecha para cogerlas al paso cuando vuelven á la colmena cargadas de botín, es tambien considerado, con justo motivo, como el enemigo de la agricultura; en cuanto á los demás, un exámen detenido demuestra la utilidad de las especies que hubieran podido creerse buenas únicamente para destruir. Tal pájaro visto á una distancia determinada parece ocupado en devorar los granos en la espiga; porque en efecto sacude fuertes picotazos entre las barbas de ella, y no es el grano lo que allí busca, sino al contrario, el insecto que roe el grano; haciendo creer una observacion superficial que devasta los frutos, en el instante mismo en que los libera de sus verdaderos enemigos.

Los pájaros cantores y picoteros pasan por los enemigos

de las cerezas y de otros frutos encarnados: y efectivamente comen de ellos; no obstante su principal alimento lo constituyen las orugas y las arañas. Los pitirreos que frecuentan los emparrados, no son ciertamente los racimos lo que vienen á buscar, sino los mosquitos y los gusanillos.

El mayor número de los pájaros de la familia de los gorriones reclama bajo todos conceptos nuestra proteccion; muchos son esclusivamente insectívoros; algunos comen á la vez granos é insectos; casi todos contribuyen á nuestros gozos con la melodía de su canto. El daño que nos causan es bien pequeño si se compara con los servicios que en compensacion nos prestan.

Uno de los mas útiles para la destruccion de los insectos es el reyezuelo. Este pájaro, lejos de temer la presencia del hombre, busca su sociedad. En muchos parages de los Estados de la América del Norte, se ha comprendido tanto el partido que puede sacarse de estos pájaros, que se pone á su disposicion casi en cada habitacion rural una caja de madera adherida al extremo de una pértiga, con el fin de que establezcan allí su nido. En cuanto salen á luz sus hijuelos, los padres buscan cuidadosamente los insectos para el alimento de sus crías. Se ha contado con cuidado el número de los viages efectuados por un par de reyezuelos alojados en estas cajas; y se ha hallado por término medio que son cincuenta por hora. El minimum ha sido siempre de cuarenta y el maximum de sesenta; una vez solo habían dado en una hora setenta y una vueltas. Esta eaza dura sin interrupcion todo el día. Por término medio, cada par de reyezuelos libra de seiscientos orugas ú otros insectos diariamente al jardín y á la huerta, en tanto que tienen polluelos que alimentar. Este cálculo no supone que quiten un insecto en cada viage; pero en realidad, llevan frecuentemente dos ó tres á la vez, lo que produce una destruccion de mil doscientos á mil ochocientos insectos.

En los cantones en donde se cultiva el tabaco, se ven á los negros de ambos sexos y aun los niños ocupados en medio del día en espurgar las plantaciones de 25 á 30 hectáreas de tabaco para preservar sus hojas preciosas del contacto de las orugas. Algunos nidos de reyezuelos hubieran hecho por nada igual servicio. Y por ventura ¿no ha de apreciarse en nada su alegre compañía y los divinos gorgoros con que además nos brindan? Si, después de esto, se permiten picar algunas cerezas, algunas frambuesas, el cosechero razonable no debe sentirlo; nada es mas justo que tengan ellos tambien su parte en las producciones que tan perfectamente saben preservar.

LAS CUATRO EDADES DEL HOMBRE Y LA MUJER.

Se ha dado el nombre de *edades* á las mutaciones diversas que presentan los cuerpos organizados, vivos, durante el transcurso del tiempo que separa la época del nacimiento de la muerte natural. Los cambios producidos progresivamente por el tiempo y casi insensibles de un día á otro, dividen la existencia en muchas fases ó periodos distintos; así es que se ve en el hombre:

- 1.º La infancia que comienza la carrera de la vida.
- 2.º La juventud que la prolonga.
- 3.º La virilidad que casi la consume.
- 4.º La vejez que viene á darle fin.

Pasando sucesivamente en los cuatro periodos por los grados siguientes:

- 1.º El nacimiento, la primera edad y la edad tierna.
- 2.º La edad de la juventud, la edad de la razon y la edad nubil.
- 3.º La edad de adulto, la edad viril y la edad madura.
- 4.º La edad avanzada, la edad caduca, la edad del dinero y la muerte.

LA INFANCIA, primera edad de la vida, dura desde el nacimiento hasta la juventud; se prolonga hasta los once ó doce años en las mugeres y catorce ó quince en los hombres; dividesela en dos periodos: la primera y la segunda infancia, cuyo limite intermedio es la segunda dentición.

LA JUVENTUD, segunda edad de la vida, se prolonga desde la pubertad hasta la época en que llega la organizacion al mas alto grado de perfeccion; comprende los años que pasan entre el undécimo ó duodécimo hasta los veintinueve en las mugeres; y desde los catorce ó quince hasta los veinticinco en los hombres; se la divide igualmente en dos periodos: adolescencia y juventud adulta, cuyo limite intermedio es la conclusion del crecimiento vertical.

LA VIRILIDAD, tercera edad de la vida, es la que se sucede á la juventud y la que se prolonga desde los veintinueve años hasta los cuarenta y cinco ó cincuenta para las mugeres; y desde los veinticinco hasta los sesenta años para los hombres; se la divide de la propia suerte en dos épocas: la edad viril durante la que se mantiene la organizacion casi en el estado de perfeccion á que ha llegado, y la virilidad decreciente que, continuando en el disfrute de las mas importantes de sus facultades, presenta ya muchos signos de decadencia.

En fin, la VEJEZ, cuarta y última edad de la vida, que reemplaza insensiblemente á la virilidad, comienza á los cuarenta y cinco ó cincuenta años en las mugeres y á los sesenta en los hombres, y tiene por término el de la existencia; se caracteriza por el notable deterioro del organismo, y puede aun tambien ser dividida en dos periodos ó fases sucesivas, la de la vejez fuerte y la de la caducidad y de la decrepitud.

Espondremos, para concluir, estas reflexiones comparativas.

La primera edad ó la infancia, es la edad del candor y de la inocencia.

La segunda edad ó la juventud, la edad de los sentidos, de las pasiones, de la imaginacion, de la ilusion y del entusiasmo.

La tercera edad ó la virilidad, la edad de la duda, del entendimiento, de la razon y de la ambicion.

Y la cuarta edad ó la vejez, la edad de los recuerdos, del desencanto y de la indiferencia.

Que la infancia es la edad en que no se vé; la juventud, en que todo se vé bello; la virilidad, la edad en que no se vé mucho; y la vejez en la que todo se vé feo.

En fin que cada edad cuenta con resortes para conmovier; en la primera edad, las golosinas y los juguetes; en la segunda, los amores y los placeres; en la tercera, los destinos y los honores; y en la cuarta, las tentaciones, los halagos, los montones de oro y la religion.

INFLUENCIA DE LAS EPIDEMIAS SOBRE LAS POBLACIONES.

Generalmente se observa una disminucion en la frecuencia é intensidad de las epidemias, en todos los países que, de la barbarie y de la ignorancia, pasan al estado de civilizacion, ó de una civilizacion imperfecta á una civilizacion perfeccionada; y si las epidemias no son ya tan generales, tan mortíferas como en otro tiempo en nuestro clima, es porque los medios de sanidad y de conservacion que procuran hoy las artes, las ciencias ó sus aplicaciones y el bienestar, han llegado á ser mas comunes.

Uno de los hechos mas curiosos de la feliz influencia de la civilizacion sobre las epidemias es la desaparicion, en muchos parages, por la cesacion de las epidemias periódicas anuales, de las épocas del maximum y del minimum de la mortandad.

Otro hecho no menos importante, es que, en los casos de epidemias, como en los demás casos, en un número dado de enfermos de cada edad, la mortandad es mucho mayor cuando estos son niños, cuanto mas cercano se halle su nacimiento, y cuando son ancianos, cuanto mas avanzados sean en años, de suerte que la ley de la mortandad epidémica sigue, bajo este aspecto, la ley de la mortandad ordinaria.

Los cuadros de defunciones por edades trazados para las epidemias de viruelas, de fiebres intermitentes, de sudores escesivos, y aun del mismo cólera observado en Moscow, etc., confirman esta asercion. De aquí la consecuencia de que, las epidemias que atacan los dos extremos de la vida, son las mas mortíferas: desde la edad de ocho hasta la de veinte años, es en las que á un número igual de enfermos lo hacen menor de víctimas.

La influencia de las epidemias sobre la poblacion dá resultados que no concuerdan con las ideas de la generalidad. Por ejemplo, se exagera mucho el beneficio de la vacuna, la cual, como todo preservativo de enfermedad epidémica, no aumenta directamente en algunos países el número de los habitantes, porque la poblacion se pone siempre al nivel de los medios de subsistencia. La vacuna, en algunos pueblos, no hace otra cosa que alejar la muerte; pero en otros, cuyos habitantes aumentan á voluntad el suelo cultivable, ó bien disponen de otros medios de existencia no sucede lo mismo; entonces la vacuna acrece verdaderamente la poblacion.

Finalmente, en los países bien civilizados, las epidemias, por mortíferas que sean, no pueden disminuir la poblacion sino pasajeramente; el vacío que dejan se llena muy pronto, ya por los extranjeros que concurren afanosos de ocupar empleos que han quedado vacantes, ya por los matrimonios y nacimientos que proporcionalmente son mas numerosos que nunca.

TEATROS.

Cruz.—*El diablo las carga*; Geroma la *Castanera*; *El mudo por compromiso*.—Circo.—*Variedades*.—*Una cita á oscuras*; *Por amor y por dinero*.—Instituto.—*La escalera de mano*; *Colegiales y soldados*.

Pocas y de escasa importancia son las novedades teatrales de la semana. A beneficio del actor don Mariano Fernandez, se estrenó en la Cruz una traduccion titulada *El diablo las carga*, que no pasa de un juguete salpicado de algunos chistes y con algunas situaciones cómicas, que entretienen agradablemente al espectador. De *Geroma la Castanera*, que vino despues, poco debemos decir, porque es bien conocida, solo si manifestaremos nuestra opinion, de que semejantes producciones, que fundan su interés y su argumento en salvajes diatribas contra los extranjeros, ya que han encontrado teatro donde estrenarse, no debían ser reproducidas en obsequio á los mismos aficionados á alardes de nacionalidad, que no deben lisonjearse mucho con la idea de ver tratados á los españoles como cafres que andan á navajazos con todo el que no habla caló. Si presentamos como cuadros de costumbres estas escenas repugnantes y altamente inverosímiles, ¿con qué derecho nos hemos de quejar de que los extranjeros nos dejen malparados en sus descripciones y juicios? Ya tuvimos ocasion de calificar de poco graciosos los bailes de niños con que ha dado en obsequiarnos la Cruz; hoy que recordamos el rato pesado que nos dieron los que trabajaron en la funcion de que vamos haciendonos cargo, aconsejamos á la empresa suprima todos los bailes de este género, que no pueden ser otra cosa que parodias ridiculas, desempañadas como por muñecos de resort. A la conclusion llovieron sobre los bailarines infantiles, coronas y dulces, esto no quiere decir que los espectadores todos, no bostezáran y se fastidiáran grandemente. Finalmente *El mudo por compromiso*, piececita estrenada la misma noche, es otro juguete inverosímil y descabellado hasta dejarlo de sobra, pero que promueve involuntariamente á la risa.

El Circo de la plaza del Rey, la resucitado nuevamente, milagro que se debe, si mal no creemos, á nuevos empresarios, cuyo primer anuncio se acompañó de promesas que deseamos ver realizadas. Ojalá que esta nueva empresa tenga mas acierto en la direccion de este coliseo, que las que la han precedido y cuya suerte debe no olvidar, para seguir distinta senda.

No queremos dejar de hablar de cierta produccion estrenada en variedades por mas que no sea digna de que de ella nos ocupemos; pero cuando se trata de convertir la escuela de las costumbres en elemento de inmoralidad destinado á propagar sandeces obscenas que pretenden pasar por chistes, opinamos que es deber de la prensa estimular á los censores á que desplieguen en la materia el celo que suelen demostrar otras veces que no se trata de ofensas á la moral y á las buenas costumbres. En el mismo teatro y en la propia noche se representaron lastimosamente, sin escepcion de actores, dos piezas; una original, *Por amor y por dinero*, y otra traducida con el título de *Una cita á oscuras*.

En el Instituto ha tenido lugar el miércoles el beneficio del primer actor don Francisco Lumbreras. Consistió en la comedia en un acto *La escalera de mano*, y en una zarzuela, ó mejor dicho ópera cómica, en dos actos y en verso escrita por don Mariano Gil y puesta en música por don Rafael Hernando titulada: *Colegiales y soldados*. Tanto la música como la ejecución agradaron sobremanera al público, que hizo repetir varias piezas de la zarzuela y pidió á la conclusion la salida del autor.

Los trabajos preparatorios para la apertura del teatro Español continúan sin descanso. Un periódico de teatros hace notar, y no sin razón, la falta notable de una subasta, que naturalmente debió preceder á las obras de adorno emprendidas en el teatro del Príncipe. También es digno de mención el olvido completo de nuestros artistas nacionales y la preferencia que, según tenemos entendido, se ha dado á los extranjeros para la reforma de un teatro que ha de llevar el nombre de Español.

El señor Romea ha publicado una manifestación en que se hace cargo de las voces que han circulado acerca de él y de su esposa, con motivo de la organización del Teatro Español, en ella separa la cuestión de arte de la cuestión de ajuste, y con un desprendimiento que le honra sobre manera, dice que, tratándose del arte y de su engrandecimiento, si no puede accederse á lo que él cree exigir con justicia, se ofrece formalmente á trabajar con toda su familia en el Teatro Español durante el año próximo sin retribución alguna. Nosotros sentiríamos que no se hiciese un esfuerzo para atraer en términos regulares al Teatro Español, á los apreciables artistas que están á punto de dejar de pertenecer á él, entre los que se cuenta también el señor Latorre; pues consideramos su cooperación como un elemento indispensable de vida para el sostenimiento de una institución que no cuenta aun con todas las condiciones convenientes de subsistencia.

Por lo demás no está lejano el día en que la práctica ha de venir á demostrar si conviene mas á la prosperidad del teatro nacional, que se abandone su fomento al interés particular, ó que el gobierno ejerza una especie de monopolio estancando en cierto modo una industria que en adelante puede decirse que carecerá de concurrencia. Si esto es un medio

de que se corrijan los vergonzosos defectos que se echan de ver hoy en nuestros teatros, de ello nos felicitaremos; si por el contrario, el teatro del Príncipe pasa á ser Teatro Español sin otra variación apenas que la del título, ejerceremos sobre él una crítica tan severa, como debe serlo, tratándose de un teatro-modelo, subvencionado por la nación.

SAMUEL HAHNEMANN.

Samuel Hahnemann, fundador de la medicina homeopática, nació en Meissen, pequeña ciudad de Sajonia, en 1755. Desde su infancia se distinguió por su aptitud para el trabajo; estudió medicina en Leipsick y Viena, y tomó el grado de doctor en la universidad de Erlangen. Fueron objeto de sus primeros trabajos la química y la mineralogía, ciencias en que ya supo grangearse un nombre, tanto por sus investigaciones sobre el envenenamiento con arsénico y las pruebas judiciales necesarias para averiguarlo, como por el modo de preparar el *mercurio soluble* que descubrió y ha conservado su nombre. Publicó igualmente algunas traducciones del inglés, del francés y del italiano, y muchos artículos en los periódicos científicos de Alemania.

Al traducir en 1790, la *Materia Médica* del inglés Cullen quedó tan poco satisfecho de la hipótesis con que explicaba este autor el poder febrífugo de la quinina, que resolvió hacer experimentos sobre sí mismo con este medicamento. El resultado de este ensayo dió origen á la doctrina homeopática.

Hahnemann observó que la acción de la quinina sobre el hombre en estado de salud, producía la fiebre intermitente, contra la cual se aplica este remedio con el mejor éxito. Hizo igual experimento por analogía con otras sustancias médicas, y no tardó en anunciar que las propiedades curativas de todos los medicamentos designados con el nombre de específicos, pendían de la facultad de producir en el hombre sano, en-

fermedades semejantes á aquella para cuya curación se acostumbraba á usarlas.

Este hecho proclamado por Hahnemann, que sobre una sola proporción fundaba toda una teoría médica, no ha sido admitido por muchos facultativos; pero las críticas de que fué objeto en tal concepto, aunque carecían en su mayor parte de gravedad y urbanidad hubieran parecido serias y comedidas, comparándolas con las que provocó el método que aconsejaba Hahnemann para propinar los remedios homeopáticos.



Considerando que el primer efecto de cualquier medicamento administrado según su doctrina, debía promover una agravación transitoria de la enfermedad, creyó Hahnemann que debía precederse con la mayor reserva en la cantidad de la dosis. Al principio intentó mezclar las sustancias medicinales con una materia neutra que aumentase su volumen é hiciese mas fácil su división. Pero conociendo luego que la disminución de la fuerza activa de los remedios no era proporcional á la disminución de cantidad (lo que atribuyó al aumento de energía resultante del acto de desmenuzar las sustancias secas ó agitar las líquidas para lograr la mezcla de las unas ó de las otras) fué reduciendo por grados las dosis, á las porciones verdaderamente infinitesimales que prescriben en el día los médicos homeopáticos.

Esto ha dado lugar á discusiones en que invoca uno de los partidos el apoyo del raciocinio y de la ciencia, y el otro pretende fundarse sobre la fuerza de los hechos.

Sin poder espresar nuestro dictámen sobre esta cuestión que no se halla en nuestras atribuciones, observaremos solo que el número de los discípulos de Hahnemann ha aumentado mucho; el sabio Hufeland, adversario declarado de las cortas dosis de Hahnemann, recomienda en su última obra el principio *similia similibus* (1) para la investigación de los medicamentos específicos, parte de los profesores de la escuela de medicina de Montpellier en Francia, se han pronunciado abiertamente por la doctrina homeopática y en el resto de Europa y de la América del Norte hay muchos profesores que la ejercen exclusivamente.

Sin creerse ciegamente todas las maravillas que atribuyen á la homeopatía sus partidarios, el número de personas de instrucción que la profesan parece indicar que no todo es error é ilusión en ellos. El tiempo y la experiencia resolverán este problema.

Una prolongada vida, exenta de enfermedades, ha permitido á Hahnemann trabajar con perseverancia en esplanar su doctrina, procurándole al mismo tiempo la ventaja de poder completar sus progresos.

En 1835, teniendo 80 años, casó en segundas nupcias con mademoiselle d'Hervilly, que solo contaba 28; poco después se trasladó á París, y el 2 de julio de 1843 falleció en esta ciudad con la serenidad que infunde al alma una razón despejada unida una gran fe religiosa.

(1) La medicina alopática sigue la máxima de *contrario contrariis sanantur*, y la homeopática *similia similibus curantur*.



A. R.

Alegoría de la Primavera.